
Paris, 6 de agosto.

TRATÁBASE un día en el Congreso, — no sé con cuál ocasion ni para qué, porque en mi cráneo está completamente deprimido el órgano de la memoria, — de la ley hecha en córtes para el afianzamiento de los fueros concedidos á las provincias exentas en el célebre convenio de Vergara, cuando de repente se levantó de su asiento un señor diputado, que hasta entonces habia guardado un silencio profundo. Los vascongados dieron noticia de su patria á los que por curiosidad le preguntaron : el presidente dijo al Congreso su nombre. Las primeras palabras, caidas tímidamente de los lábios del desconocido orador, fueron á perderse en aquellas bóvedas augustas, y á estrellarse en la indiferencia universal. El orador continuaba, sin embargo, como si hablara en alta voz consigo mismo; y hablaba consigo mismo, como quien está poseido de una divinidad, y aquejado de turbulentas emociones. Algunos periodos enfáticamente quebrados, algunas expresiones pronunciadas en son de tiernísima queja, algunos acentos llenos, sonoros, robustos, comenzaron á cautivar poco á poco la atencion de los espectadores, que á su vez comenzaron á sospechar que el orador estaba poseido de una pasion elocuente, ó en posesion de los secretos mas recónditos del arte. Puestas así en relacion y en armonía el alma del ora-

dor y las almas de los oyentes, los oyentes, sin saber cómo, perdieron su indiferencia; y cuando quisieron mirar por sí, se encontraron hasta sin libre albedrío. Entre tanto, el orador habia ido creciendo, creciendo, tambien sin saberse cómo, hasta tal punto, que no parecia sino que la asamblea estaba en él, más bien que él en la asamblea. Al compas de los latidos de su corazon, latian todos los corazones. La asamblea se indignaba, gemia, se llenaba de santo y de profundo horror ó de eléctrico entusiasmo, cuando el orador dejaba caer convulsivamente sus desordenadas frases, como desde su trípode sagrado la atormentada Sibila.

En vano la oposicion bramaba de cólera por sacudir el yugo del magnetizador imperioso. Sordo el magnetizador á sus bramidos y á sus plegarias, tenia en su mano de fierro su corazon palpitante. La hiena convertida en paloma se sentia fascinada por los ojos de la serpiente.

Entre tanto, el orador, siguiendo en su rápido vuelo, nos transportaba en espíritu á las altísimas montañas que escucharon el juramento que hizo nuestra fé en presencia de Dios y en presencia de los hombres. Allí se llamaron hermanos los que habian sido enemigos : se dieron el ósculo de paz los que habian hecho pacto con la muerte : los que solo se habian saludado con la lanza, se enviaron entonces un tiernísimo saludo : partieron el pan los que solo habian partido el campo y el sol de las batallas : los que no conocian del diccionario sino el grito de guerra, entraron allí en pláticas tranquilas y sabrosas. Por las mejillas de los guerreros corrió el llanto de las mugeres, y la inocencia de los niños fué á refugiarse en el corazon de los leones; y toda esta escena, digna de los tiempos primitivos, estaba animada por un pueblo inmenso, extático de placer, loco de júbilo; por un pueblo inmenso, á quien cubria á manera de un magnífico dosel un cielo purísimo, bañado de un sol resplandeciente; por un pueblo inmenso, reverentemente asentado en las eternas y fortísimas montañas que recibieron los primeros vagidos y el último aliento de sus héroes, siendo á un tiempo mismo cuna y sepulcro de sus hijos, de sus hermanos y de sus padres. Y un no se qué de religioso y de santo vagaba por el am-

biente, y dilatándose por aquellos campos, cubiertos todavía de cadáveres insepultos, parecía el eco de las celestes arpas, que estremecidas cantaban: — «Paz á los hombres de buena voluntad en la tierra: gloria á Dios en la alturas.»—

Y ese inmenso pueblo es el que habló aquel día por boca del orador inspirado. Ese inmenso pueblo fué el que por su boca pidió cuenta á la revolucion, de sus sacrílegas obras: ese inmenso pueblo fué el que puso pavor hasta en los tuétanos de los huesos corroidos de los que habian jurado ser perjuros: ese inmenso pueblo fué el que amenazó aquel día á la revolucion con la cólera divina y con la execracion de los hombres.

Es fama que el orador, en la noche que precedió al día de su triunfo, fué acometido de un payor desusado, que penetró hasta en lo íntimo de sus carnes; que vió en vision maravillosa al genio hermoso de las provincias Vascongadas sentado al pie de su lecho, oscurecida por negras sombras la frente, descompuesto el cabello, pálidas las mejillas, la mirada heróica caída en desmayo, y en mísera postracion los brazos varoniles: que hizo resonar en sus oidos el acento querido de sus montañas, y estas palabras llenas de austera gravedad y de dulzura inefable: — «¿qué te detienes? levántate: defiéndeme: Dios que oyó el juramento de Vergara, te mirará desde el Cielo, y yo estaré á tu lado.» — Y el orador se levantó hecho otro hombre: y ese hombre era un pueblo, y ese pueblo alcanzó aquel día en la tribuna nacional una victoria igual á la que habia alcanzado en los campos de Vergara.

Y hoy ¿dónde está hoy ese pueblo vencedor? ¿dónde está el génio de la libertad, que le cubrió siempre con sus alas protectoras? ¿dónde está el juramento que sus montañas escucharon? ¿dónde la hermosa aurora de la paz que amaneció en su horizonte? Todo ha pasado ya: hasta la memoria de todo, borrada por otra memoria que arranca lágrimas de mis ojos, gemidos de mi corazón, y hasta la pluma de mis manos.

Allí están los sepulcros de mil víctimas; y sobre esos sepulcros solitarios, se levanta cantando una bárbara victoria, un mónstruo lleno de sangre.

Apartemos la vista de este mónstruo. ¿No la aparta Dios también? fijémosla en aquel sepulcro: allí yace, lejos de sus amigos y de la patria que le vió nacer, el mejor de todos los hombres (1), el más leal de todos los súbditos, el más fiel de todos los amigos. Yo te saludo hincado de rodillas, héroe sin tacha, noble caballero! tu vida y tu muerte fueron ejemplo de virtud. Caton de la presente edad, esta edad nõ te conoció, y no te merecía. Tú vives en el Cielo: esa es tu patria, varon justo. Mirame desde allí, ¡me amaste tanto! Yo te saludo otra vez, y otra vez. Jamás saldrás de mi corazón, memoria querida: nunca te apartarás de mis ojos, sombra doliente!....

Señores redactores, no puedo mas.

(1) Segun mis informes, la persona á quien se alude, es el desgraciado general Montes de Oca.
(Nota del editor.)